

PROSTITUCION

La prensa, en general, ha sido más comprensiva que el Gobierno. «L'Humanité» explica que hay treinta mil mujeres «entre el yunque y el martillo», y acusa al Gobierno de jugar su juego habitual: un Giscard de rostro humano y un Poniatowski represor (efectivamente, Giscard había dicho que «los problemas humanos de las prostitutas debían ser objeto de un examen»). El «Quotidien de Paris» reprocha que se consideren aspectos externos del problema —mediaciones, negociaciones, posibilidad de legalizar la prostitución o de reapertura de los burdeles— y no se alcance el fondo del problema: «De una ideología que haga concebible para un hombre comprar por un instante un cuerpo de mujer, que haga concebible para una mujer venderse por fragmentos horarios, de la organización social que hace la prostitución inevitable, de todo eso, parece, no se habla...».

La mayor parte de los movimientos feministas se muestran de acuerdo con las peticiones de las prostitutas, pero con mucho cuida-

do: no quieren «confundirse». No quieren que sus movimientos reivindicatorios en el aspecto político, económico, social o humano aparezcan mezclados con la prostitución.

¿El punto de vista de los hombres? Según la posición que ocupen, según su propio problema. Hay hombres que por determinadas condiciones —timidez, frenos psicológicos, fealdad, insignificancia—, sólo pueden acceder al sexo mediante el pago, como consecuencia también de una mala organización de la sociedad —esto es, porque son la contrafigura del «héroe» de nuestro tiempo, magnificado por el cine, la literatura, la publicidad—; algunos moralistas modernos, sobre todo en los países del Norte, entienden que en este aspecto, la prostitución debería existir, y que lo que habría que borrar es todo lo sucio que hay en torno a ella: desde su propia condición vergonzosa hasta la de delito perseguible.

El problema seguirá sin solución. La toma de conciencia es lenta, y la sociedad, inerte, y no es fácil moverla hacia nuevas actitudes.

■ P. B.



La primera y grave decepción de las prostitutas francesas ha sido la negativa a escucharlas o a leer sus escritos por parte de Françoise Giroud, ministro de la Condición Femenina.

RIC-RIC

